



Tomás Martín
Novelista



El sueño de Daisy

Me vestí a toda prisa. Había tardado una eternidad en decidir qué vestido ponerme. Noté cómo la monitorización continua de glucosa indicaba cierta alteración de los parámetros, debido tal vez a mi nerviosismo. El tiempo apremiaba. En apenas un par de horas tenía que enfrentarme a un reto inadvertido entonces, cuando adolescente aún me vi empujada, por una irresistible fuerza interior, a emprender la aventura de intentar cumplir un sueño.

Mi nombre es Margarita (así se llamaba mi abuela paterna y así decidió mi padre inscribirme en el Registro Civil). Ahora, todo el mundo me llama Marga (me encanta), pero hubo un tiempo en el que, por obra y gracia de la profesora de inglés, pasé a ser Daisy.

Fue en ese tiempo cuando decidí abrir en mi cabeza dos carpetas, dos compartimentos para alojar sueños. En una guardaría los realizables y en la otra los imposibles. Hubo sueños que saltaron de una a otra carpeta;

alguno lo hizo a regañadientes y otros se resignaron a tener que permanecer en la que estaban acogidos, hasta pasar al rincón del olvido y ahí a la papelera de reciclaje de mí memoria. Ocurrió cuando opté por reiniciar mi cabeza, eliminar todo lo tóxico que se había ido estabulando en ella con el discurrir de los años. No fue tarea fácil, pues los recuerdos, machacones ellos, obstinados en agarrarse a mis neuronas cual lapa a roca, se resistían a abandonarlas.

Tuve que hacer un ejercicio de autoestima enorme, precisamente cuando transitaba de los calcetines a las medias, de la niñez a la pubertad; pasar de tener en la cómoda de mi dormitorio braguitas, camisones, pijamas, calcetines y camisetas a liberar espacio en los cajones para albergar sujetadores y medias. ¡Mis primeras medias de nailon! Una aventura en la que conté con la inestimable colaboración de mi hermana mayor, que pasó de llamarme mocosa, como despectivamente acostumbraba, a

dirigirse a mí con el apelativo cariñoso de *mujercita*.

A mi madre le ponía de los nervios el aire de suficiencia de mi hermana, su constante pavonearse delante de mí, lucir su esbelta figura en ropa interior por toda la casa ante el constante *no tienes decoro, hija mía; ni decoro ni vergüenza* que al verla en paños menores le espetaba, hasta concluir con un *no hago vida de ti* mientras refunfuñando se iba camino de la cocina. Yo, observaba. En especial cuando Elvira (así se llama mi hermana) se acicalaba ante el espejo. Ponía los ojos como platos cuando contemplaba cómo se maquillaba, se pintaba los labios y las uñas. Rociaba su cuello con unas gotitas de perfume con tal destreza y garbo que hoy, con la edad que ella tenía entonces, aún envidio.

El plato fuerte: verla ajustarse las medias y calzarse los zapatos de tacón, con los que, en su ausencia, tantas veces paseé pasillo arriba pasillo abajo ante la persistente advertencia de mi madre: *¡Daisy, quítate esos zapatos que te vas a matar!* Yo, no hacía caso, hasta que su zapatilla aterrizaba en una de mis nalgas. Por aquel entonces aún no me habían diagnosticado diabetes y podía permitirme el lujo de darle a los bombones, tartas, pasteles y cualquier dulce que cayera en mis manos. He de reconocer que era y sigo siendo golosa, a pesar de las limitaciones que mi diabetóloga estableció.

Pero volvamos a mis sueños de adolescente y a las carpetas que los albergaron. El primero en archivar, que años después resultaría imposible por mucho viaje que hizo de una a otra carpeta, surgió como consecuencia de un poema que me regaló un compañero de instituto. No recuerdo las veces que pude leerlo, hasta que se alojó en mi cabeza y en mi corazón por tiempo indefinido. De vez en cuando, pasados quince años desde entonces, como si acabara de llegar a mis manos lo rescato y releo. Era, es, un poema de Mario Benedetti. Se trata de *Hagamos un pacto*, cuya segunda estrofa aún percute en mis sienes: *si alguna vez advierte / que la miro*

CUANDO COMENCÉ EL TRATAMIENTO CON MONITORIZACIÓN Y BOMBA DE INSULINA HICIMOS UN PACTO: SI TENEMOS QUE CONVIVIR JUNTAS, SERÁ MEJOR QUE NOS LLEVEMOS BIEN. LO SUSCRIBIMOS DELANTE DE MÍ DIABETÓLOGA UNA TARDE DE PRIMAVERA, DE ESAS QUE INVITAN A SOÑAR.

a los ojos / y una veta de amor / reconoce en los míos / no alerte sus fusiles... ¡Ay!

No los alerté. Mis fusiles dormitan en el armero de mi vida, obsoletos por falta de uso. Fui y sigo siendo pacífica y pacifista, abrazo la idea de que todo el mundo es bueno, que las guerras no conducen a nada, que la *Declaración Universal de Derechos Humanos* debería ser asignatura obligatoria en escuelas, institutos y universidades.

Bueno, que me he ido por las ramas. Los fusiles de los que habla Benedetti son pura metáfora, cierta alerta que se activa en el interior de mucha gente cuando el amor irrumpe en su vida. El hecho es que la poesía nunca llegó a cautivarme, más allá de prender en mí cuando el ardor juvenil llamó a mi puerta y me enamoré, o eso pensaba yo. Luego... No fui más allá de gestar una docena de *haikus* (llamó mi atención aquello de poesía del cinco, siete cinco, como la denominaba el profesor de literatura). Parí este para Elvira y se lo regalé en uno de sus cumpleaños: *Sería Elvira / el nombre que yo pondría / a la belleza*. Me comió a besos.

Cuando comencé el tratamiento con monitorización y bomba de insulina hicimos un pacto: *si tenemos que convivir juntas, será mejor que nos llevemos bien*. Lo suscribimos delante de mí diabetóloga una tarde de primavera, de esas que invitan a soñar. Y bien nos llevamos, ahora que »



FUE EN ESE TIEMPO CUANDO DECIDÍ ABRIR EN MI CABEZA DOS CARPETAS, DOS COMPARTIMENTOS PARA ALOJAR SUEÑOS. EN UNA GUARDARÍA LOS REALIZABLES Y EN LA OTRA LOS IMPOSIBLES

» escribo prosa, bueno... lo que se dice escribir... He escrito una novela, *El cercano rumor del ayer*, que se presenta hoy en la *Fundación para el Estudio y Tratamiento de la Diabetes*, de la mano, precisamente, de MI doctora. Sí, con mayúsculas y todo lo que el adjetivo posesivo encierra.

—Marga, ¿qué haces? Date prisa, tu padre nos está esperando con el coche en marcha.

—Ya vamos, mamá, ya vamos —responde Elvira, que me ha ayudado a maquillarme.

En la puerta del salón de actos nos estaban esperando mi doctora y el director

de la Fundación. Me pudieron los nervios. Mis padres y mi hermana —me estrujó al irse— partieron al lugar que tenían reservado. Mi doctora me cogió del brazo y nos fuimos camino del escenario que yo no había pisado nunca.

Fue tal la sensación que experimenté cuando al descorrer la cortina pude ver el salón repleto de gente, que a punto estuve de arrepentirme de lo que, sin lugar a duda, iba más allá del atrevimiento. De nuevo la monitorización me indicó aumento de glucosa. Mis mejillas debieron pasar del blanco al rojo y del rojo al blanco con la rapidez del parpadeo de un semáforo en ámbar. *Aterricé* gracias al *tranquila Marga*, *tranquila* que alguien me susurró camino de la mesa presidencial.

Rápidamente busqué con la mirada a mis padres y hermana para refugiarme en ellos. Los localicé. Elvira levantó el dedo pulgar de su mano derecha en ademán de desearme suerte. La cara de mis padres —en especial la de mi madre— era pura expresión de nerviosismo.

Buenas tardes. Damos la bienvenida a nuestra casa, y acogemos con todo cariño, a la escritora Margarita Saldaña, que nos honra con su presencia para presentar, de la mano de la diabetóloga doctora Palencia, su obra prima, la novela que lleva por título El cercano rumor del ayer. Sin más preámbulos, cedo la palabra a la doctora Palencia.

Estas fueron las palabras de acogida y saludo del director de la Fundación. Yo, no sabía dónde meterme mientras no quitaba ojo a Elvira. Mi doctora, con mi mano entre la suya, me guiñó justo en el momento de dar comienzo a la presentación:

*Buenas tardes. Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado. Un esfuerzo total es una victoria completa. Esta cita de Gandhi viene a resumir lo que ha sido y es la vida de esta joven escritora, con **diabetes**, que tengo a mi derecha, mi amiga y mi paciente Margarita Saldaña —Marga para los amigos—, para quien pido un aplauso...*

De nuevo el rubor invadió mis mejillas y llevó el tembleque a mis piernas. Toda yo era un manojito de nervios, incapaz de pronunciar palabra alguna en ese momento. La doctora Palencia continuó con su discurso:

Hemos querido acercar, esta tarde y en este lugar, el empeño de una mujer, recalco, mujer, por abrirse paso en el mundo de la narrativa. Ni la diabetes, ni la dependencia que le generó y genera, han sido capaces de doblegar la voluntad de Marga, que contra viento y marea se enfrentó a su destino para demostrar que con voluntad, cabeza y esfuerzo se puede vencer cualquier contratiempo y construir el proyecto vital deseado.

Marga quería ser médico, pero las musas, los hados, los duendes y su amor por la literatura le llevaron a sumergirse en la narrativa tras cursar estudios de Filología Hispánica, hurgar en la imaginación, otear otros horizontes alejados del día a día de la diabetes que en su momento tanto le condicionó.

Tuvo que vencer el acoso escolar (la profesora de inglés colaboró lo suyo para que cesara), hacer abstracción de aquel eslogan que machacona y malintencionadamente repetían una y otra vez algunos compañeros de clase: Margarita, la niña del azuquítar y luchar, luchar y luchar para poner el punto de mira en el objetivo que perseguía desde que abrazó la adolescencia: ser escritora.

En "El cercano rumor del ayer", Margarita, Daisy y Marga nos aproximan el murmullo que los recuerdos provocan en nuestro discurrir. No recuerdo las veces que la he imaginado frente al teclado de su ordenador dando vida a los personajes que protagonizan su novela.

No quiero extenderme más. Ha llegado el momento en el que Marga Saldaña nos cuente el porqué de El cercano rumor del ayer, qué le llevó a escribir esta novela que les recomiendo, la historia, no sé si biográfica o no, del caminar de una mujer que derrocha fuerza y esperanza por los cuatro costados.

El auditorio rompió en aplausos. Vi cómo a mis padres se les escapaba alguna que otra lágrima. Elvira no paraba de aplaudir. Yo... apenas pude articular cuatro palabras para dar las gracias a la doctora Palencia. Luego, suspiré y rompí a hablar:

Les ruego cierren los ojos, viajen al pasado y rescaten las debilidades y fortalezas de su transitar por la vida. ¿Ya las rescataron? Entonces abran los ojos, imaginen una coctelera en sus manos y metan en ella lo rescatado, agítenlo y sirvan, bien frío, el resultado de la mezcla. Notarán cómo el amargo sabor de los fracasos y el estimulante dulzor de los éxitos fueron forjando su carácter, el ADN de su transitar por un mundo complejo, distópico e individualista incapaz de echar el freno a la prisa, atemperar la marcha y detenerse a pensar.

(Guardé silencio y recorrí con la mirada, butaca a butaca con intención de captar la reacción de los asistentes, que inquietos algunos se movían en la butaca).

*Pues de eso va El cercano rumor del ayer, el diario de una **persona con diabetes**, autobiográfico a veces, de un personaje de ficción otras, que toma el ayer como referencia para, una vez conocidas sus debilidades y fortalezas, aprovechar la oportunidad que le brindan y dar dos pasos hacia adelante, aunque se retroceda uno. El caso es seguir caminando, como dijo Eduardo Galeano al hablar de la utopía, y, en especial, aprender a vivir con la diabetes, no para ella, ¿verdad, doctora Palencia? Muchísimas gracias por su asistencia.*

Lo que sucedió a continuación pueden imaginárselo ustedes. Nada distinto a lo que suele ocurrir tras la presentación de cualquier obra literaria, con la única salvedad, en este caso, de la presencia en el escenario de una representación de la Asociación de Jóvenes con diabetes que había ido a arroparme con el cercano rumor del hoy.

Abrí una nueva carpeta en mi cabeza en la que alojar los sueños cumplidos y corrí a abrazar a mi familia. **D**